

to de mercancía. Si ese «tú» no se deja manipular, ser un «ello» se transforma en el enemigo, el extraño que lucha por arrebatarse al «yo» su territorio social, su misma identidad, pues en el juego social de trastoque de papeles, el triunfador carece de interioridad. Su ser íntimo es su parecer externo. El prójimo se distancia en el prójimo rival. Triste edad la nuestra en la cual la «competitividad» (me estraga la palabra, pero es de uso corriente para entenderse) hace de los amigos, enemigos. El éxito se compra y se vende —es decir, que no es un cariño verdadero— a un alto precio: el de la convivencia y la cordialidad. (Tal vez el coste mismo de la felicidad, buscada en contra de la naturaleza.)

Cabe preguntarse si el hombre del progreso ha dominado al mundo o lo ha destruído. La degradación continúa: «ello» es un objeto que se usa y se tira. Lo «otro» al final es una basura, molesta, acusadora, que no se sabe cómo disimular. La cosificación del «tú» es la mayor degradación de la existencia humana. Es una esclavitud sin cadenas, el cinismo más descarnado revestido de mogigatería. Escribe Marcuse: «Los esclavos de la sociedad industrial desarrollada son esclavos sublimados, pero son esclavos, porque la esclavitud está determinada».³ Y más adelante: «Esta es la forma más pura de servidumbre: existir como instrumento, como cosa».

Sartre ha estudiado la relación yo-tú, en la dialéctica «para-sí» y «para-otro». El «yo» intenta dominar al «tú», convertirlo en objeto y al mismo tiempo respetar su libertad. Hay aquí una contradicción. El objeto carece de libertad, es un ello degradado. ¿Es el amor y el mismo acto sexual, una destrucción? ¿Siempre debe haber un tú victimal, que al final se pervierte en ofrenda o en cosa? Sí el «yo» y el «tú», juegan en libertad no debería haber verdugo y víctima. ¿Podría entenderse el amor como destrucción creadora, como intercambio y apropiación del «yo-tú», «tú-yo», «yo», «tuyo», «con-uniión»? Sin embargo poseer es dominar, es decir, tener al otro como cosa. También el juego podría ser cosificarse a sí mismo, renunciar a la personalización y darse al otro como objeto, como ofrenda. El hombre y la mujer son dos existencias incompletas que precisan del amor, la con-uniión para proyectar su vida. El «en-sí» de cada uno, su ensimismamiento de seres diferentes, se hace un «para-sí», que luego se intercambia en un «para otro». La naturaleza salvaje, de la que proviene el hombre, quiéralo o no, crea en él el hábito del dominio, al que difícilmente renuncia. No quiere dar lo que cree que es de él, aunque lo haya usurpado. Dominar es un atributo machista, arcaico, al que no quiere renunciar. La cultura, la igualdad democrática, le obliga a abdicar de sus usurpaciones. Y teme perder su poder si consiente en la libertad del otro. Porque dar autonomía al «tú», consiste en que el otro ya no es un objeto del que usa o abusa. Es también persona, próxima, con los mismos derechos morales y un «tú» de diálogo con el cual llegar a la con-uniión. Amar es olvidar, mientras se sabe que el hombre es un ser solo frente a la muerte.

2. Mismidad y diálogo creador

Nadie puede estar enteramente solo, ni siquiera exiliado interiormente en la circunstancia de sí mismo que es la mismidad. Huir a la interioridad del «yo» es una falsa

³ Herbert Marcuse, op. cit., p. 73.

escapada. Destruído el «tú» del posible diálogo, el yo también se fragmenta en el interior y se consume. El monólogo es el imposible diálogo consigo mismo. Incluso estando solo, el hombre habla con la imagen del otro que es el monólogo. Desdoble de un «yo», en otro «yo», que en realidad quiere ser un «tú», imposible. Escribe Laín: «Solo consigo mismo, el hombre moderno se ha visto en el trance de encontrar en su propia realidad individual los móviles y los orígenes de su conquista del otro. En su propia realidad individual: tal es el problema».⁴ El «vivir-en-el-mundo», en la realidad de los otros, se traslada a un «estar-en-sí-mismado». Sin embargo el hombre, condenado a la soledad puede salir de su infierno. Transformando el «ello» cosificado en un trabajo creador que pueda producir un objeto dialogante con el tú. Una obra de arte, o una artesanía, deja de ser cosa muerta, de uso, cuando en ella está el mensaje de quien la hizo. Se establece entonces entre el espectador o lector, oyente o usuario, una posibilidad de diálogo con la obra, y por medio de ella, con su autor. ¿Cómo explicar la necesidad del hombre actual de visitar exposiciones, asistir a conciertos, comprar libros u objetos de arte? Hoy los grandes silenciosos, los artistas, encierran en sus obras la posibilidad de un nuevo diálogo, mediante la restitución del objeto a un «tú» necesario, comunicativo. Sin embargo el artista de vanguardia, donde se acaba la modernidad, es el testigo de la incomunicación humana. Su obra, que inconscientemente era creada como un objeto para la comunicación, no es comprendida por el público. Falta humanidad. El artista posee unas claves que el público no comprende. Sobre este tema escribe Roland Barthes: «La naturaleza deviene una discontinuidad de objetos solitarios y terribles, porque sólo tienen enlaces virtuales; nadie elige para ellos un sentido privilegiado, un empleo o un servicio, nadie los reduce a la significación de un comportamiento mental o de una intención, o lo que es lo mismo, finalmente, de una ternura... Esas palabras-objetos sin unión, armadas con toda la violencia de su estallido... esas palabras poéticas excluyen al hombre; no hay un humanismo poético de la modernidad».⁵

He aquí los dos polos opuestos en la destrucción dialogante del «yo-tú»: el «yo» perdido en las interioridades del «ego» y el «tú» que deviene un «él», espectador. Ni el arte, ni los espectáculos de masas salvan el vacío creado entre las dos personas de la comunicación humana. El artista enseña su caverna inmunda, el infierno de sus obsesiones y fantasmas, gritos de conciencia que avisan de la suprema soledad del hombre. El espectáculo enajena, adormece la angustia. Pero el arte, ¿no estaba hecho para consuelo del hombre? El arte hacía que los hombres miserables se transfigurasen en dioses de esperanza. Antes de la modernidad. Ahora, prosigue Barthes: «El discurso es un discurso lleno de terror, lo que significa que relaciona al hombre no con los otros hombres, sino con las imágenes más inhumanas de la naturaleza». La humanidad avanza en su progreso a costa del humanismo. La sociedad devora a sus hombres. La sociedad, siempre es anónima, convierte a todos en objetos de intercambio. Los presidentes de este magno consejo de administración se creen dioses, pero son sólo los verdugos de la esperanza. Que se miran al espejo y contemplan su imagen enmarcada.

⁴ Laín Entralgo, *Teoría y realidad del otro*, en la primera parte «El otro como yo», p. 37.

⁵ Roland Barthes, *Le degré zéro de l'écriture*, Editions du Seuil, París, 1953; p. 72.

Devolver al hombre su esperanza no es sólo responsabilidad de los consejos que administran los poderes reales. También lo es de los intelectuales y los artistas. Estos no tienen el poder (¿cuándo lo tuvieron?) pero poseen el engreimiento de ser los sabios o la vanidad de ser los elegidos. Son los testigos de la época; pero su espejo además de la realidad, ¿no refleja tantas veces la realidad que se quiere prefabricada, la artificialidad? El arte, más humano, podría ser el punto de equilibrio en el restablecimiento dialógico «yo-tú», un arte próximo, no un objeto extraño.

El hombre no puede encontrar en sí mismo la imagen del otro. Si se adentra en su interioridad hasta el fondo de su espejo almado, no encontrará más que su propia imagen. Tal es el problema, según dice Laín, realizarse en sí mismo lo que no realiza en el otro. Elevar el monólogo, para no escuchar la soledad que exigiría un diálogo.

El pensamiento y el arte actuales expresan deshumanización. Ortega ejerció a la española, de profeta y teórico de esta dirección desafortunada. Sacrificó a la egregia minoría las posibilidades de redención del pueblo entero. Hoy causa sonrojo leer afirmaciones como las siguientes: «Habituada a predominar en todo, la masa se siente ofendida en sus “derechos del hombre” por el arte nuevo, que es un arte de privilegio, de nobleza de nervios, de aristocracia instintiva».⁶ El pueblo, con pleno derecho a la cultura no es la masa. La masa —para emplear una expresión que acaso agradase a Ortega— es el pueblo desvertebrado, un cadáver social, al que se le ha robado el alma. Si existe la masa y no el pueblo es por culpa de los dirigentes políticos, y también culturales, por desidia o presunción de esa llamada «aristocracia». Zuribi, más perspicaz en este punto de la deshumanización, que es el desarraigo actual, se lamentaba: «El desarraigo de la inteligencia actual no es sino un aspecto del desarraigo de la existencia entera».⁷ Ni los artistas, ni los pensadores saben orientar al hombre. ¿En qué se ha convertido su función? ¿En una ceremonia de narcisismo? El artista expresa su angustia personal, su soledad intransferible. El hombre ve en ello la proyección de su propio problema, que el artista sabe expresar y él no. Pero, ¿dónde está la chispa que haga saltar el diálogo entre el arte actual y los hombres, entre unos y otros? No se puede mantener como un principio, ni moderno ni humano, la teoría de Ortega: «Se acerca el tiempo en que la sociedad desde la política al arte, volverá a organizarse, según es debido, en dos órdenes o rangos: el de los hombres egregios y el de los hombres vulgares».

El arte deshumanizado no es más que la expresión deshumanizada del propio hombre. Hoy el hombre no sabe —menos que nunca— responder a las preguntas esenciales: ¿Qué es? ¿Qué quiere? ¿A dónde va? Se «en-sí-misma», se «di-vierte», se extravía, con tal de no crearse «problemas», que están ahí, y que estarán por mucho que se empeñe en olvidarlos. Hoy el hombre parece un extraño a sí mismo y a los otros. «Está-en-el-mundo», sin saber por qué, ni para qué. ¿Cómo con-vivir con ese mundo y conquistar la felicidad? Escribe Ludwig Wittgenstein en su *Diario Filosófico*.⁸ «Para vivir feliz tengo que estar en concordancia con el mundo. Y a esto se llama ser feliz». El

⁶ José Ortega y Gasset, *La deshumanización del arte. Ideas sobre la novela*, *Revista de Occidente*, Madrid, 1925.

⁷ Xavier Zubiri, *Naturaleza, Historia, Dios*, 5.ª edición, *Editora Nacional*, Madrid, 1963; p. 251.

⁸ Ludwig Wittgenstein, *Diario filosófico (1914-1916)*, p. 129. *Ariel*, Barcelona, 1982.